

---

Una casa sin puertas (solo sombras) en el campo amarillo. Allá vivíamos entre docenas de luces aún demasiado posibles para recordar. Despojamos las palabras de la mesa y las volvemos a lavar. El jardín ajeno donde todo se vuelve a derrumbar. Reparamos una verja que entra por su propia reja y perseguimos un gran conejo sin cuerpo cazable. (¡Qué bello que olía la nada o tu cremallera! ¡Qué pícaros los ruidos que huían!)

---

La pequeña tarde cuando destruí cinco autos con otro que no era mío. Cuando llegué al comisario, estaba nadie y fue por eso que tenía que defenderme. Me perdí entre las golosinas del pensamiento ajeno, grité, alimentándome sola con las fotos vaciadas y unos cuantos abecedarios incompletos, sin ni un árbol para mirar. Todavía busco un espejo para el tribunal.

---

Un pueblo en la colina puntuado por casas blancas y pulcras. Cuerpos de gatos duermen en las rectas ventanas y a veces una vela. Pasa una bicicleta y después un camión. Vuelve a soplar el silencio. Nunca me atreví a mirar adentro de la casa de mi infancia.

---

Las cartas sin firma se amontonan en mi escritorio blando sin que hagamos nada. ¿Has visto al cartero alguna vez? me preguntó una amiga que tranquilamente esperaba a su nadie, Yo jamás y quisiera sacarle una pintura. Le contesté que solo unas pocas manos. Después volví a ese sueño imperdonable donde cada lugar tenía nombre o mapa. Nunca sé qué hacer con los sobres.

Sarah Denaci  
Mayo, 2014.